

Carisma, lugar de encuentro laicos y religiosos

*L*os perros se vuelven agresivos cuando oscurece. Con la llegada de la luz les viene la mansedumbre... Para la vida religiosa, los signos de los tiempos, a pesar de tantos antisignos, son más bien luminosos, esperanzadores. Parece que la hora más oscura es cuando está por amanecer. “La noche es el prólogo de la aurora”. “Esa luz está ya ahí y solo es necesario que la tierra, y no el sol, su fuente, gire levemente para que amanezca” (María Zambrano). Son los religiosos y religiosas quienes tienen que girar para dejarse bañar por una nueva luz y hacerse transparentes, de manera que los perros se calmen.

Vivimos en un mundo que nos lleva a que la vida no se repita, no entre en rutina, en supervivencia, y menos en inercia, sino que sea creativa, fecunda, contagiosa, gozosa... El Espíritu nos deja mirando al futuro. Preciosa tarea hoy... cambiar la vida religiosa. Hay estructuras paralizantes que nos llevan a vivir más preocupados por la conservación que por la conversión, por la supervivencia que por la vida súper. El cambio en la actualidad no es un barniz para exteriores, es la respuesta a los desafíos de hoy. Si queremos conservar la vida, hay que cambiarla. Y no se trata de una fantasía hollywoodense.

Cambio de almas, de relaciones, de estructuras... para ser el vigor de nuestro futuro. Un dinamismo que nos está llevando a ensanchar mente y tienda, para que entren los laicos y laicas a compartir espiritualidad, carisma, vida y misión. Ante esa demanda, si la violencia es una imperfección de la caridad, la indiferencia sería la perfección del egoísmo.

Nos hace sentir inseguros eso de ensanchar la tienda y que entren otras personas, quizá portadores de enmiendas a la totalidad de nuestra manera de

vivir. Cuando entran los laicos, nos remueven las seguridades, pero no nos dejan instalarnos, ni ser incoherentes, nos hacen acortar la distancia entre lo que somos y lo que decimos. Son como la sal en la herida: escuece pero sana, no nos permite pudrirnos en la mediocridad. Ya tenemos experiencia de que nuestros monólogos nos hacen conscientes de nosotros mismos. El diálogo en vida y misión con los laicos nos abre a la realidad y nos cambia en ella y con ella.

La primavera de una nueva relación, con impaciencia, aporrea a la puerta de nuestro estilo de vida. Una relación sanadora holística, porque a la vida religiosa no deja de acecharle el peligro de buscarse a sí misma y cultivar su poder y su influjo, en la línea de un conservadurismo trasnochado o en la línea de un progresismo a la moda.

Abrirnos a los laicos, para que vivan la misión desde nuestros carismas y la espiritualidad a su manera, sin llegar a formar parte de nuestras comunidades. Nacen las familias carismáticas, en las que el instituto religioso pasa a ser una de las manifestaciones. Las religiosas y religiosos vivimos abiertos a esa relación, sin considerarnos dueños de nada, sino en calidad de pares, acompañantes, amigos, hermanos... Una relación donde amamos más la trama que el desenlace. Caminar ya entraña la meta, puesto que el camino es el lugar del encuentro.

Testigos de globalización... extender por el globo espiritualidad y carisma, vida y misión, espíritu y experiencias de familia religiosa en nuestras relaciones. Un hecho redentor irreversible para la Iglesia y para nosotros mismos. Con ello, la vida consagrada está siendo signo profético, parábola anticipada del Reino en la Iglesia, ya que la corresponsabilidad de los laicos sigue siendo pedida y prometida pero solo simbólicamente otorgada. Quizá la Iglesia se muestra más preocupada por las convenciones que por las convicciones.

La Iglesia no necesita a la vida religiosa para sí misma; la necesita para ser conciencia del Evangelio más allá de sus fronteras. Los laicos nos permiten descubrir que nuestros carismas son dones para todos en la Iglesia. Nos ayudan a vivir la eclesiología de comunión. No los necesitamos como adjuntos colaboradores sino como corresponsables en la misión y el carisma; presentes en tareas y tomas de decisión. De este modo, la corresponsabilidad ha dejado de ser la sala de estar de ciertos hogares donde nunca se está.

La relación religiosos-laicos apunta a experiencias que transmiten el Evangelio, con nuestra manera de convivir, de funcionar como Iglesia. La clave está en las relaciones, en la comunión de vida y misión, entre quienes for-

mamos la comunidad de los seguidores de Jesús. Relaciones alimentadas por lo que nos une a todos, el ser aprendices de discípulos-hermanos.

Ante aquellos que quieren declararnos cansada la utopía en la vida religiosas, podemos afirmar que somos más los que amamos, y, entre esos más, está Dios. Así como solo se puede ser ecologista en la austeridad fraterna, únicamente podemos vivir la relación religiosos-laicos en la humildad y confianza. Con el cariño y la ternura en el compartir juntos, supliquémonos, interpelémonos unos a otros, como suplican los hermanos, como interpelan los testigos... asumiendo la tarea de renovar todo lo que dependa de nuestra fe y de nuestras manos unidas.